



Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación
y Desarrollo Rural

ISSN: 1578-7168

lasaez@posta.unizar.es

Centro de Estudios sobre la Despoblación y
Desarrollo de Áreas Rurales
España

García Sanz, Benjamín

Reseña de "El declive demográfico de la montaña española (1850-2000). ¿Un drama rural?" de
Fernando Collantes Gutiérrez

Ager. Revista de Estudios sobre Despoblación y Desarrollo Rural, núm. 5, 2006, pp. 159-162
Centro de Estudios sobre la Despoblación y Desarrollo de Áreas Rurales
Zaragoza, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=29600507>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Collantes Gutiérrez, Fernando
*El declive demográfico de la montaña española (1850-2000).
¿Un drama rural?,*
Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Serie Estudios, nº 159, Madrid,
2004, 364 páginas

Excelente trabajo del profesor Collantes que analiza un caso particular de la demografía rural dentro del contexto de los cambios que se han ido dando en este medio a lo largo de casi siglo y medio. Como se ha puesto de manifiesto en diferentes trabajos, no existe un medio rural, una sociedad rural uniforme y homogénea, sino que la nota ha sido la diversidad que ha dado como resultado matices y variaciones importantes, dentro de unos procesos de cambio más o menos generales. Este hecho es aplicable al trabajo del profesor Collantes que delimita un espacio, el espacio de montaña, para analizar el comportamiento de las sociedades rurales en este entorno. El autor presenta unos procesos de vaciamiento demográfico que tienen sus claves explicativas propias, pero que son generalizables, en parte, a lo que ha acontecido en otros entornos rurales.

El acierto del autor ha sido contextualizar la evolución demográfica, económica y social de las zonas de montaña, teniendo en cuenta las tendencias generales de la sociedad rural, pero sin perder el carácter específico de éstas. Con buen criterio, y siempre desde la perspectiva de la heterogeneidad de la evolución de la sociedad rural, el profesor Collantes ha diseñado cuatro espacios de montaña, el Norte, el Pirineo, el Centro y el Sur, y sobre ellos ha construido modelos de evolución rural que, si bien han tenido unas líneas gordas y unas tendencias más o menos constantes, han vivido también diferencias, tanto en los ritmos de su evolución, como en los contenidos de la misma. Las características orográficas del suelo, las situaciones de partida dentro de un contexto general de evolución económica, más ganadera en el Norte y más agrícola en el Sur, pasando por una situación intermedia en el Centro, la penetración de la industrialización con el aprovechamiento de recursos naturales, las actuaciones políticas y, sobre

todo, la respuesta de los agentes económicos a las demandas del exterior, han configurado diferentes modelos de cambio.

Como no podía ser de otra manera, y siguiendo con el modelo clásico de análisis social, el autor relaciona demografía, economía, y sociedad estableciendo las implicaciones y bucles que las interrelaciones generan. Lógicamente la retroalimentación se mantiene, dentro de un orden, hasta alcanzar un cenit, años 50 del siglo XX, situación que se rompe por la incidencia del cambio que, en parte es endógeno (imposibilidad del sistema para mantener el equilibrio tradicional), pero básicamente es exógeno por los aires que vienen de fuera (proceso de industrialización y demanda creciente de trabajo en algunos países de Europa) e inciden en la vida de los pueblos.

Como el mundo rural, las zonas de montaña, arrastran una crisis que se remonta a la segunda mitad del siglo XIX y se extiende hasta los años cincuenta, para agudizarse a partir de este período y ralentizarse, o cambiar de signo, en los años 80. La crisis demográfica, la diversificación ocupacional y las formas de vida traducidas en la disponibilidad de rentas, son las variables que ayudan a precisar la magnitud del cambio.

El fenómeno de la industrialización y sus efectos sobre el entramado rural es la clave explicativa del proceso. Los ámbitos que se ven más directamente afectados son la esfera económica y la demográfica, y en una y en otra se pueden dar efectos de polarización y de difusión. La polarización se traduce en la esfera económica en la destrucción de las actividades económicas tradicionales, y en la demográfica, en la emigración masiva y la despoblación. Por el contrario, los efectos de la difusión sitúan al mundo rural ante nuevas oportunidades económicas tanto en el sector agrario como fuera de él, y en el campo de la demografía, ante nuevas pautas residenciales que se las puede agrupar bajo el epígrafe de post-industriales.

A nivel general el comportamiento de la sociedad rural ha estado inmerso en procesos de cambio que se remontan al siglo XIX, si bien los efectos, tanto sobre la demografía como sobre la ocupación, no han sido especialmente graves hasta después de los años cincuenta. Un hecho significativo es la acumulación de población y la agudización de la autarquía que se produce en los años inmediatamente posteriores a la guerra civil, pero esta situación no podía durar mucho tiempo y ya desde los años cincuenta se asiste a una aceleración del cambio que afectaría a la población rural a través de la emigración masiva, y al entramado económico que se ve envuelto en un proceso de racionalización y de especialización agraria, primero, y de diversificación ocupacional, después. Pero, como los procesos no son lineales, en los años setenta y, sobre todo, en los ochenta, empieza a haber signos de un nuevo cambio que abogan por un nuevo modelo demográfico y nuevas formas de ocupación.

Dentro de este esquema es importante subrayar las diferencias que se dan en los diferentes espacios de montaña, con pautas relativamente novedosas en el Norte y el Pirineo, y con cierto retraso en el Sur.

Como señala el autor, la montaña del Norte favorecía la orientación ganadera basada en pequeñas explotaciones familiares que apenas necesitaban de trabajo asalariado. Durante la segunda mitad del siglo XIX y primera del XX aprovechó los efectos de difusión de sus recursos y ello permitió el mantenimiento de su población. La situación cambia radicalmente en los años cincuenta, produciéndose un vaciamiento demográfico y una ralentización de los procesos de diversificación (área galaico-castellana); y un aumento, o mantenimiento de la población, en aquellas zonas con tradición minera e industrial.

No siguió esta tendencia la zona pirenaica que anticipó la crisis a la segunda mitad del siglo XIX, con pérdidas continuadas de población y una economía basada en el bovino y el ovino que no alcanzó a consolidar los efectos de la difusión. En esta zona se empiezan a notar cambios en la primera mitad del siglo XX que contribuyen a la diversificación ocupacional y mitigan la emigración. Todo ello tuvo una influencia muy importante, posteriormente, en la demografía y en la economía, que no se vieron azotadas, como otras zonas, sino que más bien, pudieron mantener su población merced a la mejora de las comunicaciones y al atractivo que suponían estos espacios agrarios.

La trayectoria de las zonas de montaña del interior se inscriben entre las más afectadas por la crisis. Los efectos de la polarización y la ausencia de recursos para competir en el mercado la han caracterizado como una zona en permanente crisis, que se ha agudizado después de los años cincuenta. No obstante, en los últimos años, se han dado cambios en la ocupación con la penetración del sector turístico, que no ha tenido la suficiente fuerza para cambiar la tendencia.

La montaña Sur cuenta con sus propias bases de desarrollo. Es sin duda alguna la que menos población ha perdido desde 1850 hasta el año 2000, debido, sobre todo, al aumento de la población de los pueblos hasta los años cincuenta. La fortaleza de la base exportadora "y los obstáculos que bloquearon la gestación de una mayor sensibilidad migratoria ante la precariedad" son la explicación (página 243). Pero esta situación no se pudo mantener después de los años cincuenta y la crisis económica y demográfica no se pudo detener. No obstante, la montaña Sur ha tenido su particular recorrido, menos expuesta a las tensiones de la polarización y de difusión de la industrialización, y con un declive demográfico más lento que no ha guardado proporción "con la magnitud de los déficit de bienestar secularmente soportados" (página 246).

Sin negar la importancia y valoración positiva del trabajo del profesor Collantes quiero hacer algunas matizaciones. Me centraré sobre todo en tres; la primera, en el cambio de tendencia, que parece ya es un hecho más o menos consolidado hacia los

años ochenta; el segundo lugar, la importancia de la movilidad laboral y como tercer punto me fijaré en la trascendencia de la población extranjera.

No cabe duda que la población rural actual poco o nada tiene que ver con la que surgió a partir de la crisis de los años cincuenta. Por seguir las líneas del discurso del autor, la demografía ya no está en clara recesión, como en los años sesenta, o si lo está, es más que nada debido al crecimiento vegetativo negativo, consecuencia de la desestructuración de la pirámide de edades y del envejecimiento. También el cambio es radical en lo que respecta a la estructura ocupacional, con una crisis galopante del trabajo de la agricultura, una opción por la especialización agraria en determinadas zonas y, sobre todo, una tendencia clara hacia la terciarización. Dentro de este contexto, el mundo rural, y especialmente las zonas de montaña, se presentan como una nueva alternativa que viene a cubrir una dimensión distinta del hombre urbano, a través de la oferta de naturaleza y espacios abiertos, y un nuevo sentido de sociedad y de relación con la naturaleza. La segunda residencia y el turismo rural serían dos expresiones de esta nueva forma de ruralidad.

Pero el atractivo de los pueblos no es solo para los que viven en espacios urbanos, sino también para los propios rurales. No sólo se ha cortado la emigración, sino que crece el número de personas trabajadoras que viven en los pueblos y trabajan en la ciudad. Los datos del Censo del 2001 son significativos. De los activos rurales nada menos que el 40% salen todos los días de sus pueblos a trabajar, la mayoría, a entornos urbanos y, unos pocos, a otros pueblos rurales, lo que sin duda alguna da una idea de la nueva ruralidad. Es importante analizar la diversificación ocupacional, pero sin olvidar que una buena parte de las rentas rurales proceden de trabajos que se realizan en el exterior.

Otro hecho significativo es la presencia de inmigrantes extranjeros rurales. Parece que, según los últimos datos obtenidos del Padrón de 2006, la población extranjera en España superaría los cinco millones. Si tenemos en cuenta que entre un 18/20% se trasladan a vivir al mundo rural estaríamos hablando de 900.000 ó un millón, cifra que vendría a suponer en torno al 10% de la población rural. Lo significativo de este grupo no es sólo el efecto sobre la demografía, sino la aportación de trabajo que se extiende desde tareas agrícolas abandonadas por los asalariados rurales hasta la cobertura del aumento de la demanda de los servicios.

Estos son fenómenos que están influyendo de una manera decisiva sobre la sociedad rural actual y a los que apenas se ha aludido en el trabajo que hemos comentado.

*Benjamín García Sanz
Profesor de Sociología Rural
Universidad Complutense de Madrid*